

E. MIRET MAGDA LENA

LOS occidentales estamos orgullosos de nuestras conquistas técnicas, intelectuales y prácticas. Y, no obstante, la insatisfacción y los conflictos humanos siguen en pie; y muchas veces aumentan delineando un futuro preocupante.

Nuestro mundo occidental además se ha hecho, para un espectador que lo viera desde fuera, risible y paradójico porque, en su afán de tener cada vez más, ya no posee nada con profundidad. Su neurótica insatisfacción con lo que tiene le hace no disfrutar verdaderamente de nada, porque siempre está esperando lo que llegará en forma de mayor cantidad. No pretende un porvenir distinto, que puede prefigurarse ya con una nueva actitud para con lo que hoy posee, sino que pensando en el mañana no disfruta ni hoy ni el día que alcanza ese más que tanto anhela. Ni tampoco, por supuesto, se sacrifica por preparar un porvenir mejor y más hondamente humano para ser más inteligentemente gozador de la realidad, dedicándole una atención más profunda y que sepa calar en ella.

Y en lo religioso, "la catequesis audiovisual moderna —por ejemplo— no consiste en ilustrar un curso o en expresar la materialidad de las cosas a grandes golpes de 'kodachromes'. Expresa el sentido, la tonalidad, las posibilidades, las cuestiones de las cosas vistas y vividas por el hombre. Para una operación de esta clase hace falta, ante todo, no profesores que sean buenos vulgarizadores, sino personas que vean" (P. Babin, Lo Audio-Visual y la Fe).

El telón que estamos levantando ante nosotros no conduce a nada bueno, a menos que hagamos hasta las entrañas la revolución audio-visual, la creación profunda de un hombre sensitivo, y que éste sepa acceder después a otra nueva etapa, tras de alcanzada ésta: la etapa de la contra-cultura, pasando del primer hombre al segundo hombre; del hombre que ha conseguido no ser burgués en sus sentidos y en sus ideas al hombre que es revolucionario de una nueva cultura que nada se parece a la actual ni a la que está apareciendo y que será la de la meditación y aprovechamiento de los recursos naturales de las cosas y del hombre para alcanzar a ser un hombre espontáneo y libre.

Pero estas ideas y posibilidades no nos han venido de nuestra cultura helénica o romana, sea de tinte cristiano o no. Todo lo que ha constituido el bagaje tradicional del hombre occidental le ha llevado a un callejón sin salida que, sorprendentemente, deja perplejos a gobernantes civiles, pensadores profanos y dirigentes religiosos.

Y, sin embargo, en Oriente se levantaron siempre voces que denunciaban todo esto y anunciaban lo que nos está ocurriendo: el fracaso de una sociedad materialista sin idea humana de fondo. Lo mismo los socialismos eficaces que las doctrinas religiosas liberadoras han partido de Oriente. Y, en general, cuando estas doctrinas se impregnan de occidentalismo empiezan a decaer y encontrarse con difíciles problemas sin salida humana satisfactoria para el porvenir.

Ahora en Europa y América son muchos los que son atraídos, desanimados como están de nuestra civilización engañosa, por las voces de Oriente. Unos —los no creyentes— son impresionados por los socialismos orientales, y otros —los creyentes— por el budismo activo, como es el zen, o por el hinduismo repensado en forma también activa.

Lo que ya no es concebible es la apatía del fracasado "hippismo" o las decadentes reuniones orientales para anglosajones cansados.

¿ORIENTE U OCCIDENTE?

Ahora se abren nuevas perspectivas de las que debo ocuparme; y lo haré de éstas que provienen del mundo religioso oriental.

Leía estos días a Alan Watts, uno de los pensadores de la contra-cultura de inspiración oriental. Dos libros suyos conozco en castellano: El Libro del Tabú, y El Gran Mandala, editados por Kairos. Son libros sencillos, casi vulgares; pero las ideas que descubre son de gran interés para la crítica de la civilización occidental.

El "impasse" en el que estamos es descrito por él bien sencillamente: en vez de sacar jugo de la realidad y ahondar en ella disfrutándola sin prejuicios ni prisas, lo que hacemos es "que los pensamientos constituyen el único objeto del pensamiento y los libros no tratan más que de otros libros" (A. Watts. El Gran Mandala); lo que hace es "confundir la maravillosa facilidad de la descripción con la realidad descrita, el mundo etiquetado y clasificado con el mundo tal cual es". Este es nuestro gran mal, del cual tenemos que darnos cuenta urgentemente porque se nos van los años en la superficie de nuestra actividad y de nuestros anhelos, dejando en la cuneta de nuestro

camino posibilidades humanas que ya nunca volverán.

Estamos "rizando el rizo", alejándonos cada vez más de las cosas reales en filosofía, arte, literatura o religión. Nuestra vida está ocupada por bizantinismos y no por realidades. Porque llamamos realidad a hablar de ella, a reproducirla o discutirla, pero no a sentirla, vivirla y disfrutarla.

Y no sé nada mejor para vivir estos problemas que leer reposadamente lo que los pensadores del orientalismo renovado han expuesto como experiencia personal de sus propias vidas. Por eso, para uso de los lectores, les cito algunas obras básicas, entre otras muchas que no doy referencia por imposibilidad de señalarlas todas.

El indio Radhakrishnan ha publicado La concepción hindú de la vida (Alianza Editorial) y La religión y el futuro del hombre (Editorial Guadarrama). Fue éste profesor de Filosofía, vicepresidente de la República y embajador en la URSS, siendo sus obras un "best-seller" europeo. A estas se pueden añadir: el libro de Coomaraswamy, buen conocedor de Occidente, en su pequeña obra Hindouisme et bouddhisme (Ed. Gallimard. Collection Idées); y los dos más filosóficos de la Editorial Fondo de Cultura Económica, El concepto del hombre, de Radhakrishnan y el profesor Raju y Filosofía del Oriente, de varios especialistas orientales.

Más antiguas, pero clásicas y llenas de poesía, son Sadhana o La vía espiritual, de Rabindranath Tagore (Ed. A. Aguado), y de él también La religión del hombre (Editorial Aguilar).

Sobre el zen el mejor es Suzuki, profesor de Filosofía budista y experto en psiquiatría en sus obras Introducción al budismo zen (Ed. Mondounevo. Buenos Aires), Budismo zen y psicoanálisis (Ed. Fondo de Cultura Económica), en colaboración con Erich Fromm, y de Alan Watts, The way of zen (Editorial Penguin). Las del alemán Herrigel, El zen y el arte de los arqueros japoneses (Edición Mondounevo), y la del francés Hubert. La doctrina suprema (Ed. Mondounevo). Además una obra de gran interés es la del monje benedictino inglés Aelraed Graham, Le zen chrétien (Ed. Buchet, Paris), donde saca un ingenioso acercamiento entre cristianismo y zen.

Y como complemento de todas ellas, la del clásico René Guénon, Le crise du monde moderne (Ed. Gallimard. Col. Idées), y la obra de amena vulgarización El loto y el robot, del inglés de origen húngaro Arthur Koestler (Ed. Emecé. B. Aires). O el clásico librito de Herman Hesse, Siddharta (Edición Bruguera), que inspiró a los inconformistas del mejor "hippismo".